

Numéro 6, création

# Escenas del Paraíso

Pablo Montoya

Citation recommandée : Montoya, Pablo. "Escenas del Paraíso". *Les Ateliers du SAL* 6 (2015) : 178-181.

## 1

Aparecen en el horizonte. Un fluido maculado detenido en el viento. Su aleteo es más elocuente que cualquier canto. Simple movimiento traspasado por la luz. Y son incontables. En la lejanía hacen un giro y entran por las oquedades del peñasco. Sé que su huella es la pregunta que debo responder. En la elevación y en la caída soy como ellos. En el vértigo y en la parálisis. Su destinación poco importa. Más allá hay un horizonte jaspeado. En él está pintado el vuelo. Único signo capaz de nombrarme.

## 2

Atrás quedaba una noche de estrellas fugaces compartidas. Un abrazo que nos dejó una y otra vez al borde de la gratificación. Nos habíamos asomado al amanecer con una sed que solo el agua podía calmar. Entonces buscamos la quebrada a través de la fragancia que desprendían los arbustos. Un torbellino de insectos nos envolvía punzándonos la piel. Nos tomamos de la mano y entramos. Estábamos ya húmedos de estupor cuando la superficie nos tocó con su azul espléndido. En lo alto había una luna difuminada. Y aunque el agua era como una cuchilla, nuestros cuerpos volvieron a abrazarse. No hubo noción de inicio, ni de paso, ni de término. Solo ardimos en la totalidad fría del instante.

### 3

Surgía en medio de las tierras planas. Era una colina golpeada por la aridez de la costa. Su faz volcánica era prueba de que un ser maternal la estremecía desde el fondo de sus magmas. Si embargo, no era así. Porque del cráter había desaparecido el fuego y ningún líquido capaz de arrasar salía de su centro. Un agua pantanosa, en cambio, lo cubría. Su densidad, atravesada de efluvios burbujeantes, invitaba a adentrarse en ella. Así lo hice. Y sentí que un placer inesperado se regaba por mi cuerpo. Percibí una sierpe bordear mis límites y entre mis piernas hubo una sacudida. Debajo del vientre, se produjo la tensión. Criaturas, de miembros que semejaban deltas, empezaron a emerger. Abrían sus ojos en medio de la ocredad del limo. Su brillo me otorgó el ánimo que necesitaba. Entonces giré mi cuerpo y puse la cara al sol. Floté entre el barro. Perdido en una dicha anónima y sin tiempo. Hasta que el cielo oscureció. Y alguien dijo, perentoriamente, que había llegado la hora de salir.